

Luis Alberto
Urrea

**LA CASA DE LOS ÁNGELES
ROTOS**

Título original: *The House of Broken Angels*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Little, Brown and Company, New York, New York, USA. Todos los derechos reservados.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió
Traducción adaptada para España con colaboración del traductor

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Luis Alberto Urrea, 2018
© de la traducción: David Francisco Toscana Videgaray, 2018
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-264-7
Depósito legal: M. 32.939-2018
Printed in Spain

*Jim Harrison me dijo que escribiera este libro.
Cinderella me lo dijo primero. Ambos tuvieron razón.
A ella dedico esta novela.*

*Mi sobrina Emilia Urrea fue un radiante ejemplo
durante la época en que se inspira esta novela.*

Y para Chayo, que bailó en el funeral.

*Juan Francisco y la familia Urrea me mostraron
el camino para que esta historia fuera posible.*

¿Solo así he de irme
como las flores que perecieron?
¿Nada quedará de mi nombre?
¿Nada de mi fama aquí en la tierra?
¡Al menos flores, al menos cantos!

AYOCUAN CUETZPALTZIN

Esta es mi declaración de amor.

RICK ELIAS

Funerales delirantes

El último sábado de Angelote

A Angelote se le hizo tarde para el funeral de su propia madre.

Se revolvió en la cama hasta que las sábanas se le anudaron en los pies. El sudor le cosquilleó los costados cuando comprendió lo que estaba ocurriendo. Había salido el sol y la claridad le traspasaba los párpados. El mundo era rosado y ardiente. Todos los demás llegarían antes que él. No. Eso no. Hoy no. Se esforzó por levantarse.

Los mexicanos nunca cometen tales errores, dijo para sí.

Cada mañana, desde el diagnóstico, le habían asaltado los mismos pensamientos. Eran su reloj despertador. ¿Cómo podría reparar lo destruido un hombre ya sin tiempo? Y esa mañana, mientras despertaba con estas preocupaciones, maldecido por la luz, maldecido por el tiempo de todas las maneras posibles, traicionado por su cuerpo exhausto, con la mente embravecida, se sorprendió al descubrir el fantasma de su padre sentado ahí mismo en la cama. El viejo fumaba uno de sus Pall Malls.

—Mucho peso para llevarlo a costas —dijo su padre—. Es hora de despertar y quitárselo de encima.

Hablaba en inglés. Su acento había mejorado, aunque para decir *weight* pronunciaba «güeit».

—Mierda.

El viejo se convirtió en humo y se elevó en espirales hasta desaparecer en el techo.

—Cuida tus palabras —dijo Angelote.

Parpadeó. Él era el reloj humano de la familia. Mientras él durmiera, todos continuarían durmiendo. Podían dormir hasta el mediodía. Su hijo podía dormir hasta las tres. Angelote se sentía muy débil como para levantarse y llamar a los demás. Tocó la espalda de su mujer hasta que ella pegó un respingo, lo miró por encima del hombro y se incorporó.

—Se nos hizo tarde, Flaca —dijo él.

—¡No! —gritó ella—. Ay, Dios.

—Sí —dijo él muy satisfecho por reprochárselo.

Ella saltó de la cama y dio la voz de alarma. Minnie, la hija de ambos, había venido a pasar la noche para estar lista a tiempo, pero continuaba dormida en el sofá del salón. La madre gritó y Minnie se fue de bruces sobre la mesa de centro.

—¡Ma! —refunfuñó—. ¡Ma!

Angelote se restregó los ojos.

Las mujeres entraron en la habitación sin decir palabra y desclavaron a Angelote de la cama; luego lo ayudaron a ir al baño para que se lavara los dientes. Su mujer le barrió el cabello hirsuto con un peine. Él tuvo que sentarse para orinar. Ellas miraron a otro lado. Luego lo metieron en unos pantalones de vestir y una camisa blanca y lo plantaron en el borde de la cama.

Me voy a perder el funeral de mi madre, Angelote se dirigió al universo.

—Yo nunca lloro —advirtió con ojos fulgentes por la irri- tante luz.

Ellas lo ignoraron.

—Papá siempre está pendiente de todo —dijo Minnie.

—Es tremendo —respondió su madre.

No había fuerza de ánimo capaz de acelerar ni el mundo ni su cuerpo. ¿Su familia? ¿Por qué hoy iba a ser distinto? Caos. De pronto, todos en casa estaban despiertos, revoloteando.

teando y chocándose como palomas en una jaula. Aleteando estridentemente sin avanzar. Tiempo, tiempo, tiempo. Como barrotes en la puerta.

Él nunca llegaba tarde. Hasta ahora. Él, que combatía sin tregua la costumbre de sus parientes de utilizar el «horario mexicano». Lo volvían loco. Si la invitación a cenar era para las seis de la tarde, él sabía que la cosa no empezaría antes de las nueve; y aun entonces la gente se dejaba caer como si hubiese llegado temprano. O peor aún, dirían: «¿Qué?», como si él fuese el del problema. Uno sabe que está entre mexicanos cuando la cena no empieza hasta pasadas las diez de la noche.

Qué cabrón. La mañana se había ido deslizando cuesta abajo como el lodo, con apenas murmullos. Sin embargo, los sonidos tenían un repiqueteo metálico en sus oídos, reverberando por todos sitios. El ruido le aturdió. Los huesos, tan blancos y calientes como un rayo, le chirriaban en el fondo de la medianoche de la carne.

—Por favor —oró.

—Papá, métete la camisa —dijo su hija.

Estaba suelta por la espalda. Una y otra vez se le salía de los pantalones. Pero él no podía alcanzarla con las manos. Se sentó en la cama furioso.

—No me responden los brazos —dijo—. Antes sí, pero ahora no. Hazlo tú.

Minnie intentaba entrar en el baño para rociarse el cabello con laca, pero su madre había arrasado la zona: fajas y maquillaje y cepillos desparramados por todas partes. Algunos peines yacían sobre el lavabo como hojas caídas de un árbol de plástico. Minnie ya estaba cansada de tanto jaleo por el funeral. Tenía casi cuarenta años y sus padres la hacían sentir como si tuviera dieciséis.

—Sí, papá —respondió.

¿Lo dijo con sorna? ¿De veras se le notó fastidio en la voz? Angelote miró el reloj. Su enemigo.

Madre, se supone que no te ibas a morir. No ahora. Ya sabes que esto es bastante difícil. Pero ella no le iba a responder. *Así es ella,* pensó él. La ley del hielo. Ella nunca lo había perdonado, pues tenía sospechas sobre el pasado de su hijo, sobre su participación en aquel incendio. Y en aquella muerte. Él nunca se lo contó a nadie. Jamás.

Sí, yo lo hice, pensó. *Escuché el crujido de su cráneo.* Angelote volteó el rostro para que nadie descubriera su culpa. *Supe exactamente lo que hacía. Lo hice con mucho gusto.*

En su mente se figuraba una animación de un atasco de féretros. *Caramba. No le veo la gracia, Dios.* Él les callaría la boca a todos: llegaría temprano a su propio pinche funeral.

—Vámonos —gritó.

Hubo un tiempo en que podía cuartear las paredes con su voz.

Al otro lado de la habitación, sobre el espejo, pendía torcida una galería de imágenes de sus ancestros. Ahí estaba el abuelo don Segundo, con un sombrero charro, el de los revolucionarios: *Yo te tenía miedo.* Detrás de él, la abuela en un tono sepia desteñido. A la derecha de Segundo, la madre y el padre de Angelote. Papá Antonio: *Te lloro.* Mamá América: *Te entierro.*

La hija ya no intentó bordear a su madre para llegar al baño y se inclinó tras Angelote para acomodarle el faldón de la camisa.

—No me toques las nalgas —dijo él.

—Ya ves. Toquetear el correoso culo de mi padre —dijo ella—. Cuánto erotismo.

Fingieron una risa y ella enfiló de nuevo al baño. La madre salió en tromba, atenazándose el cabello con las manos mientras el tirante de la combinación se le deslizaba por el hombro. Él adoraba la clavícula de su mujer y los anchos ti-

rantes del sujetador. Le fascinaba la piel morena a cada lado de los tirantes, amaba los hombros marcados por el peso y el tamaño de esos pechos que tanta leche habían dado. Bajaban dos surcos oscuros por sus hombros, que siempre parecían doloridos, pero que él no podía parar de besar y lamer en aquellos días en que aún hacían el amor. Él estaba flácido dentro de sus pantalones, pero tenía la mirada bien enfocada. La combinación resplandecía cuando ella se apresuraba, y él miraba ese culo que se contoneaba con cada paso.

Perla insistía en llamarle «mis enaguas» a la combinación. Angelote siempre tuvo el propósito de buscar tal palabra en el diccionario, porque estaba seguro de que las enaguas eran otra cosa, pero luego comprendió que no deseaba corregirla. Cuando él estuviera descansando bajo tierra, echaría de menos la parca conversación de su mujer. También sus sonidos: las medias hicieron un frenético *shish-shish-shish* cuando corrió al vestidor para arrasarlo como había hecho con el baño. Incluso sus gemiditos de pánico complacían a Angelote. Ella aspiraba un poco de aire y emitía un sonido: *Sst-ah. Sst-ah*. Salió del vestidor y meneó las manos.

—Mira el reloj, Flaco —dijo Perla—. Mira el reloj.

—¿Y qué os he estado diciendo a todos? —quiso saber él.

—Tienes razón, Flaco. Siempre la tienes. Ay, Dios.

—¡Me están esperando!

Ella lanzó un leve gruñido y siseó de vuelta al vestidor.

Él se sentó en el borde de la cama casi cepillando el suelo con los pies. Alguien tendría que venir a ponerle los zapatos. Carajo.

Los niños que estaban afuera montaron bronca con una legión de perros, pero se les absolvió del pecado del ruido, incluso del pecado del tiempo.

Angelote de la Cruz era tan célebre por su puntualidad, que los gringos en el trabajo le llamaban «el Alemán». *Muy gracioso*, pensaba, como si los mexicanos no pudiesen ser puntuales. Como si Vicente Fox llegara tarde a sus asuntos, cabrones. Era su dicho para aleccionarlos.

Antes de enfermar, llegaba temprano a la oficina cada mañana. En las reuniones él ya estaba en su sitio antes de que entraran los demás. Rodeado por una nube de Old Spice. Con frecuencia servía café para todos en tazas desechables, no como acto de pleitesía, sino para decirles a todos que se fueran a la mierda.

Como decía Ric Flair, *Nature Boy*, en las transmisiones televisivas de lucha libre: «Para ser el Amo, derrota al Amo».

—Sean mexicapaces —Angelote decía a sus hijos—, no mexicanulos.

Ellos sonreían con burla. Habían escuchado eso en una película tipo *El mariachi*. Cheech Marin, ¿verdad?

El empleo no le importaba; lo importante era tener el empleo. Trajo a la oficina su propia taza colorida de Talavera. Tenía dos palabras impresas: «EL JEFE». Todos los empleados captaron el mensaje. El frijolero se hacía pasar por su jefe. Pero no sabían, por supuesto, que «jefe» era una forma coloquial de referirse al padre; y, por encima de todo, Angelote era padre y patriarca del clan entero. El Padre de Selección Nacional, el Odín mexicano.

Y, por cierto (bai di güey), la familia De la Cruz ha estado por estos lares desde antes de que siquiera nacieran tus abuelos.

Sus patrones nunca pudieron saber que él había sido uno de los muchos pioneros que habían recorrido esos territorios. Su abuelo don Segundo había llegado a California después de la Revolución Mexicana, cruzando la frontera en Sonora sobre un famoso semental alazán al que llama-

ban el Tuerto, porque un francotirador le había volado un ojo. En esa ocasión condujo a su mujer herida a Yuma para que la socorrieran los cirujanos gringos. Se alojó en una casa de adobe abrasadora tan cerca de la prisión regional que le llegaban los olores y los gritos que salían de las celdas. Más tarde, Segundo robó una carreta y llevó a su mujer hasta California para intentar enlistarse como soldado de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. Había aprendido a matar mientras luchaba contra el general Huerta, y hacía bien su trabajo. Además había aprendido a odiar a los alemanes tras ver a los asesores militares de Baviera con sus horrendos cascos picudos cuando enseñaban a las tropas de Porfirio Díaz a utilizar las ametralladoras enfriadas por aire contra los habitantes del valle del Yaqui.

Su padre le había contado cien veces la historia.

El abuelo se quedó en Los Ángeles cuando los Estados Unidos se negaron a reclutarlo. Antonio, el padre de Angolote, tenía entonces cinco años. No le permitían nadar en la piscina pública del este de la ciudad porque su piel era demasiado oscura. Pero aprendió inglés y aprendió a amar el béisbol. La familia De la Cruz volvió a ser mexicana cuando regresaron al sur durante la enorme ola de deportaciones de 1932, uniéndose a dos millones de mestizos capturados y enviados al otro lado de la frontera en furgones. En aquel momento parecía que los Estados Unidos se hubieran cansado de cazar y deportar chinos.

¿Qué-hora-es? ¿Cuándo nos vamos? ¿Ya se vistió Perla?

Se llevó las manos a la cabeza. La historia completa de su familia, el mundo entero, el sistema solar y la galaxia giraban en torno a él con un raro silencio, mientras él sentía que la sangre goteaba dentro de su cuerpo, y el reloj, el reloj, el reloj le carcomía la existencia.

—¿Ya podemos irnos? —preguntó, pero ni siquiera podía escuchar su propia voz—. ¿Ya estamos listos? ¿Alguien me puede responder?

Pero nadie escuchaba.

Aquí vamos, Jefe

—¿Me veo bien? —preguntó a Perla.

—Muy bien —dijo ella.

—Antes me veía mejor.

—Siempre fuiste guapo.

—Anúdame la corbata.

—Deja de menearte.

Por supuesto, él sabía que sus hermanos murmuraban a sus espaldas. *Angelote quiere ser gringo*, dijeron en sus provechosas sesiones familiares de tijereteo, el tradicional arte mexicano de criticar. Lo sabía aunque nadie se lo dijera. *Se cree mejor que cualquiera de nosotros.*

—Soy mejor que tú.

—¿Qué dices? —preguntó Perla.

Él hizo un gesto con la mano.

Angelote simplemente pretendía demostrar algo a los estadounidenses. Su familia era libre de observar y aprender, si eso deseaba.

Un enorme reloj Invicta Dragon Lupah de 43 mm pendía de su muñeca con su lente de aumento, como si Angelote fuese piloto de bombardero. El aparejo les recordaba a los patrones que él era perpetuamente puntual: hora del Pacífico. Minnie lo había comprado a través de un programa de ventas por televisión. Fue uno de sus regalos de insomnio a

las dos de la madrugada. Todos eran proclives a las noches en vela.

Ahora el reloj le rodeaba la muñeca con la holgura de un collar demasiado grande para el cuello de un perro. Miró a Minnie rociarse con laca la explosión de cabello oscuro. Ella le sonrió a través del espejo.

Mi hermosa hija. Tenemos sangre buena y fuerte, pero no me gustan los hombres que frecuenta.

Él le guiñó el ojo. Solo Angelote podía denotar sabiduría con un guiño. Toqueteó su Lupah.

No le debía su fama únicamente a la puntualidad; también había sido el jefe de la división de informática en la compañía de gas y electricidad. Le enorgullecía que la empresa fuera tan célebre que incluso una banda de rock de los años sesenta había tomado el mismo nombre: Pacific Gas and Electric. Estaba bastante seguro de que él podía cantar mejor que ellos. Aunque no rock, pues todos sabían que eso ni siquiera era música. Maricones greñudos en estrechos pantalones de terciopelo y blusas de mujer. Excepto Tom Jones. Ese sí era todo un hombre.

Desde su escritorio podía acceder a los datos de cada sandieguino, así como organizar y revisar las actividades de todos los empleados y ejecutivos en la red. Por ejemplo, Angelote podía observar la frecuencia con que la gente de cada vecindario encendía los fuegos de cocina. Los malditos millonarios de La Jolla y Del Mar usaban menos gas que la plebe del sur o del Barrio Logan o de Lomas Doradas, su propio vecindario cerca de la frontera. A juzgar por los registros de consumo de gas y electricidad, su Perla cocinaba alrededor de doce horas al día; aunque acababa de descubrir el Kentucky Fried Chicken y comenzaba a bajar el ritmo.

Pero a Angelote no le preocupaban los ordenadores. Ni siquiera le gustaban los ordenadores. Se trataba de que un

mexicano hiciera lo que esos gringos opulentos no podían hacer. Tal como su padre antes que él, que tocaba en el piano a Ray Conniff en lo profundo de la noche y les robaba sus esposas delante de sus narices.

—Vi los secretos de todos —dijo.

—¡Muy bien! —gritó su mujer.

La gente auténtica cocinaba. Él podía ver cada día las cifras de consumo. Calle por calle, si tenía tiempo. Según su teoría, los ricos debían de pedir comida a domicilio o comían cosas frías o salían a restaurantes elegantes que costaban tanto como un sofá. En cambio a los mexicanos les gustaba la comida caliente, casera y abundante, aunque por alguna razón su familia había desarrollado recientemente una adicción a las tortitas. Seguro que venía de su padre, que las llamaba «jo-kekis» o «pan-kekis». Cuenta la leyenda que los panqueques fueron la primera comida yanqui que probó. Eso y el chop suey.

Muchos de los colegas ejecutivos de Angelote pensaban que los mexicanos solo barrían o fregaban baños o quizá usaban cascos de seguridad en sus labores. Él había hecho todo eso. Pero un mexicano como director del centro informático y gerente de cibernsistemas era un tipo de anatema que desafiaba toda lógica y provocaba cuchicheos sobre el impacto de tal insubordinación.

Angelote estaba al tanto de todo. No le preocupaba la discriminación positiva. A nadie pidió ayuda. Su familia nunca aceptó cheques del gobierno ni queso ni esas enormes latas federales de crema de cacahuete. Nunca vio un cupón para alimentos. Él no era un campesino con sombrero de paja entre sus angustiadas manos, inclinándose delante de un amo. Él era Emiliano Zapata. No iba a vivir de rodillas. En su mente, mostraba a su difunto padre su propia valía como hijo. Su gafete decía «¡HOLA!» en vez de «HELLO!».

Meneó la cabeza con fuerza. Se frotó la cara. ¿Había echado una siestecita? ¡Chingado!

—Apuraos todos —dijo.

—Sí, papá.

—¡Rápido!

En la habitación del garaje, el soldado raso Pantagruel se ajustó la boina con elegancia. Se había vuelto a mudar a la casa paterna cuando el Jefe se puso grave.

Soy el hijo favorito, dijo para sí. Miró el trofeo de plástico que el Jefe le había regalado. Decía: LALO, HIJO N.º 1. Lo miraba todo el tiempo. Inclínó un poco la boina hasta casi cubrirse un ojo. Bruce Lee brillaba desde un cartel a sus espaldas. Sobre la cama había una de esas pegatinas para parachoques que le dieron en uno de los programas de rehabilitación a los que asistió: DÍA A DÍA.

Su anterior padrino le había hecho una placa de madera con este lema grabado al fuego: PLEGARIA DE LA SERENIDAD ABREVIADA: QUE LE DEN.

Había hecho cosas. Cosas malas. Ahora trataba de reparar el daño. El Jefe siempre le decía que la vida no era *West Side Story*. Fuera lo que fuera eso. Él lo entendió: no era andar metido en bandas. No iba de meterse en broncas callejeras ni en otras mierdas espantosas. Lalo lo sabía: lo hacía lo mejor que podía.

Su pelo rapado le daba aspecto de estar aún de servicio. Ya había pasado tiempo desde entonces. Alisó el dobladillo de su guerrera. Se cuadró. Gerente de Seguridad De la Cruz.

Días como este exigían vestir de uniforme. La Jefa se aseguraba de que siempre estuviese lavado y planchado. Él había conservado su guerrera y sus pantalones, su camisa y sus boinas: todo impecable. Los zapatos negros relucían como

espejos oscuros. Las hileras de distinciones y las medallas estaban muy bien alineadas, con apenas el hueco que había dejado el Corazón Púrpura para colgárselo a su padre. Aún cojeaba un poco, pero la pierna no estaba tan mal. Para eso tenía unas píldoras mágicas. Prefería no pensar en ello si podía evitarlo. A lo largo de toda la cicatriz se había tatuado un dragón chino. La cola se enroscaba en el tobillo, que seguía crujendo como cereales cuando caminaba. De eso no hablaba. No es para tanto. Cada camarada tenía sus secretos. Qué mal que los veteranos no los tuvieran. O quizá sí. Él mismo tenía dos hijos: Gio y Mayra. No pensaba contarles una mierda.

Lalo sabía que sus ojos eran trágicos. Negros, como los de su padre. Parecían de alguien que hubiese perdido a su amante. O de alguien que en vano tratara de detener los estragos de una tristeza enfermiza, cansado ya de actuar como si la vida fuese el pícnic de un soleado 4 de julio.

Su bisabuelo había sido militar. Y el abuelo Antonio había sido una especie de policía maldito. La abuela América... un poco loca. Se las había arreglado para ser encantadora mientras te pisaba el cuello. Había sido más malvada que el abuelo Antonio. Qué pena enterrarla hoy, de veras. Lalo no quería ni comenzar a pensar en el entierro del Jefe.

El Jefe. Pantagrúel no sabía qué había hecho su padre en el mundo real además de criar a la prole con la Jefa. ¿Y la vida? ¿El Jefe tenía una vida? Ser padre era ya una especie de guerra. Lalo lo sabía. Se rio haciendo un chiflido con las comisuras de los labios. Sin duda se trataba de una guerra contra él, sus hermanos y su hermana. Y contra la Jefa.

Pinche Jefa, imponiendo la ley y el orden con su zapatilla. La chancla. Todos le temían a la chancla. Un millón de madres mexicanas encabronadas, con ojos fuera de las órbitas, molían a palos a sus hijos, agarrándoles un brazo y azotán-

doles el culo con la mano libre, bailando en círculos todo el rato mientras el chavalín intentaba huir pero era incapaz de liberarse de las garras maternas. Y la Jefa muy formal mientras daba su sermón, soltando cada palabra al ritmo de los azotes. ¡Usted-va-a-aprender-quién-es-la-jefa-aquí! Las viejas te trataban de «usted» cada vez que comenzaban a zaran-dearte. Y cuando al fin escapaba el pobre criminal, la Jefa lanzaba la chancla como un misil teledirigido para rematarlo en la nuca.

—Peor que un instructor militar —dijo a su reflejo.

Fuera de la casa, todos los enanos y criajos comenzaban a sitiar el jardín. Reñían y gritaban y se pasaban un balón de fútbol desinflado mientras corrían. Las niñas eran tan ruidosas como los regordetes. Era un gallinero, pero al Jefe le agradaba que sus nietos y nietas y los chicos de los vecinos y demás chavales devoraran toda la comida y rompieran cosas. Sobre el incesante griterío, pudo escuchar que su padre gritaba:

—¡Lalo!

—Ahorita voy, Jefe —respondió.

—¡Apúrate, mijo!

—¡Estoy listo!

Lalo había notado que ciertos días todos se gritaban a todos, como si fuesen sordos o no entendieran inglés. Bueno, eso podía pasar con la Jefa, pero quizá entendía más de lo que dejaba ver.

—¡Lalo!

—¡Ya voy!

Pantagruel hizo un vago saludo con la mano hacia la dirección en que se hallaba Angelote. Miró de nuevo el espejo, estiró por última vez el dobladillo de la guerrera para intentar ocultar su barriga de civil. Portaba una pequeña automática plateada calibre 22 en el tobillo como un narco cualquier-

ra. Haz lo que tengas que hacer, sin reparos. «Listo para partir», se dijo a sí mismo y salió al patio trasero, donde se encontró a su hermana fumando.

—Minnie, échame un vistazo —dijo, y posó—. Me corté el pelo.

—Muy guapo —dijo ella—. Culigordo.

—Qué chistosa, *Orange Is the New Black*. Mira quién habla.

—Oye —dijo ella mientras echaba el humo hacia los geranios—, nunca me arrestaron ni nada.

—¿En serio? Eres la única.

Encendió otro cigarrillo, le pegó una calada, estudió la punta de la ceniza y elegantemente la hizo caer con el dedo anular.

—¿Sabes qué? —miró a su hermano de medio lado—. La mayoría de la gente nunca va a prisión.

—¿De qué planeta eres?

Ella le lanzó una bocanada de humo.

—Fumas demasiado —dijo Lalo.

—Ya habló el yonqui.

—¿De qué hablas? —dijo él—. Sigue moviendo la boca, niña. Verás lo que te pasa.

Ella sonrió con burla.

—Detesto cuando me miras así, Ratona —dijo él.

—Vaya, vaya.

—Estoy bien. ¿De acuerdo?

—Claro que sí —Minnie echó anillos de humo.

—Mira —dijo él—. Estoy limpio. En serio.

—¿Seguro?

—No tengo problemas. Solo dosis pequeñas. Las necesito —se palpó el muslo, pero apelar a la compasión ya no funcionaba con su hermana.

Ella alejó de sí el cigarrillo y asintió.

—Por supuesto. ¿Quién no las necesita? —y continuó—. La semana pasada me robaste el coche.

—Al menos no soy Braulio.

—No estamos hablando de Braulio.

—Lo sé, lo sé.

Pero Lalo también sabía que si deseaba cambiar una conversación, solo había que mencionar a su difunto hermano.

Agotados los insultos y acusaciones, sin nada más que decir, quedaron en silencio, mirándose los pies.

—Tenemos que irnos —dijo Lalo.

—El Jefe —respondió ella.

—Sí. Nuestro Jefe querido. Necesita una mano.

—Para eso estamos.

—Que le den.

Entraron en la casa.

—Yo nunca enfermaba. Nunca llegaba tarde. No tomaba vacaciones.

—Qué maravilla, Flaco —su mujer le acarició el hombro.

—Y para qué.

—Vete tú a saber.

—No estaba preguntando, Flaca. Solo lo decía.

—Vale.

—Quizá me lo preguntaba a mí mismo.

—Eres muy filosófico —dijo ella.

Minnie había regresado al baño para secarse y rociarse el cabello. ¿Por qué había bebido tanto la noche anterior? Ahora la cabeza le retumbaba. Angelote lo sabía; podía leerlo en los ojos de su hija.

—No me interesa mi empleo —dijo—. Fue una tontería, Flaca. Ojalá hubiéramos ido al Gran Cañón.

—Qué maravilla.

Perla intentaba sujetar las medias con los broches de la faja. Él la observó. ¿Todavía se usaban las fajas? ¿Se engan-
chaban a las medias? Había sido su fantasía erótica ver la
falda alzarse y que los dedos tiraran de las finas medias que
poco a poco subían por esos muslos con celulitis.

En su juventud se había arrodillado a los pies de mujeres
mayores, sentadas en una silla, que se ajustaban las medias de
nylon y abrían las piernas. «¡No toques! Solo mira.» Era el
obsequio que ellas le daban. Sus secretos y cálidos aromas de
talco para bebé. Él admiraba los sombreados montículos
blancos de látex entre las piernas y los diestros dedos que en-
ganchaban las medias a las fajas. «Solo puedes mirar», orde-
naban esas mujeres, y con apenas mirar el rostro sonrojado
del chico se daban cuenta del poder que desataban.

Ya nadie hacía tal cosa, excepto su Flaca.

—Me gustan tus piernas —dijo.

Ella le echó un vistazo.

—No tenemos tiempo para eso —refunfuñó.

—¿Quién lo dice?

—Tú —respondió.

Como si pudiera hacerlo.

—De acuerdo. Es hora de partir —dijo—. Pero me gusta
mirar. Me gustan tus muslos.

—Sí, mi amor.

—Una delicia.

—*Bad boy* —dijo ella, pues le pareció más oportuno que
usar el español para llamarle «travieso». Se levantó la falda
para exhibirse.

—Tu panal está lleno de miel —dijo él.

—¡Cochino! —dijo ella, pero no bajó la falda.

—Mamá —Minnie gritó desde el baño—. ¡No hagas eso!
Madre y padre se sonrieron.

—¿Cómo crees que te fabricamos? —le preguntó él a Minnie.

—¡No quiero enterarme! —dijo ella, y corrió fuera del baño y a través de la habitación, tapándose los oídos con los dedos—. Habla chucho que no te escucho.

Los padres rieron al ver huir a Minnie. Angelote le hizo una seña a su mujer para que se sosegara. De momento se había quedado sin palabras. Él, que para aprender inglés había memorizado el diccionario. Hubo un tiempo en que competía con su desdeñado padre para ver quién aprendía palabras más novedosas y raras, más yanquis. Su padre, alguna vez un monumento de hombre, acabó por volverse pequeño, gris y de ojos llorosos, más encantador y despiadado que nunca, pero erosionado. Durmió durante una temporada en la habitación trasera de Angelote, y entretanto Angelote ascendió para volverse el patriarca. Nadie podía imaginar tales cosas. Ni mexicano ni gringo.

No había modo de saber cómo el lenguaje moldeaba a una familia. Sus propios hijos no querían aprender español, cuando él lo había dado todo por aprender inglés. Los dos hombres se sentaban a la mesa de la cocina con cigarrillos y café y diccionarios. Cazaban palabras nuevas y las coleccionaban como mariposas de diversas tonalidades. *Aardvark*, *bramble*, *challenge*, *defiance*. Uno voceaba una palabra: *Incompatible*. El otro debía definirla en menos de tres minutos. Cinco puntos por palabra. La puntuación se anotaba en fichas de ocho por quince centímetros. Al final de cada mes, estaba en juego un cartón de Pall Mall. Si el acento de quien voceaba las palabras era difícil de entender, perdía tres puntos. Y así, con verbos y sustantivos, construyeron su puente a California.

A los exámenes de inglés siguieron libros de bolsillo que compraban en la licorería. Su expresión gringa favorita en el trabajo era *By golly*, pero casi nunca la usaba en casa. Aprendió que en los libros de James Bond se le llamaba *swords-*

man a un amante portentoso. En una novela de acción de John Whitlatch aprendió que un hombre casado con una prostituta era un *easy rider*. En los años sesenta, los estadounidenses decían *easy ice* a los cantineros cuando ordenaban un cóctel, así sonaban muy modernos y obtenían un poco más de licor en la copa. Angelote mantenía un banco de datos mental con hechizos y conjuros secretos que empleaban los gringos. *Hard-on* era un pene erecto; *Johnny Law*, un policía; *What can I do you for?*, una advertencia disfrazada de cortesía.

¿Por qué estaba pensando acerca del trabajo, acerca del pasado, si eso ya había terminado? Todo había terminado. Ya nunca iría a trabajar de nuevo. «Este segundo», su padre acostumbraba a decirle, «ya se volvió pasado. Tan pronto como lo notaste, ya se había ido. Mala suerte, hijo. Lo perdiste para siempre.»

(*Muy filosófico.*)

Minnie se quedó en el salón en penumbra escuchando a Lalo perseguir a los chicos alrededor del patio. Mamá y papá eran tan impúdicos. Se rio un poco, luego hizo un mohín de disgusto porque el asunto le pareció repugnante. Panal. Miel. Qué obscenidad. Él se creía todo un Casanova ahora que se había vuelto viejo. Pero lo hacía sonar bien. Minnie se frotó los ojos e intentó no deslustrar el maquillaje. A ella nadie le había dicho algo tan sensual. Ya nadie la piropeaba por alguna parte de su cuerpo.

Tal vez esos días quedaban atrás después de tener tres hijos.

—¡Callaos! —gritó a los niños.

Tenía la peor de las resacas. Todo este embrollo de la muerte. Toda esta responsabilidad sobre ella. Minnie se había

echado a cuestras el fin de semana completo. ¿Lalo? Un inútil. ¿La Jefa? Deshecha. Sus amigos habían venido a casa la noche anterior para animarla. Todos decían cosas como «Mija, este fin de semana es una putada». Bebían whisky con canela y preparaban micheladas. Ella nunca se había reído tanto. Recordaba a medias haber enviado un mensaje de texto a su tío Angelito.

¿Por qué lo había hecho? Entre ellos había una conexión que ella no sabía explicar. Se frotó la frente. ¿De qué tamaño era el ridículo que había hecho? Cogió su teléfono para revisar sus mensajes de la noche.

A las 2:00 a. m. había escrito: «OMG, tío, me he puesto ciega».

Pensó que estaría dormido, pero pronto le respondió: «Yo también. Funerales».

De algún modo había llegado a casa de sus padres en la madrugada. Esperaba no haber conducido borracha. Supuso que uno de los compañeros del trabajo la había traído. Sintió que todo se le estaba yendo de las manos.

Se había puesto la lencería morada con más encaje por si acaso venía su hombre a echar un vistazo. Era una especie de plegaria.

Angelote y Perla se miraron uno al otro. Les quedaban tantas cosas por decirse, cuando de pronto apareció Minnie de vuelta en la habitación y se puso de rodillas y forcejeó con los zapatos de su padre hasta encajárselos en los pies. Él le acarició la cabeza. Los zapatos le quedaban apretados. Le lastimaban los pies. Me cago en Dios. *Perdóname, Señor.*

—¡Con cuidado, Minnie! —dijo—. Si Braulio estuviera vivo, él sabría cómo hacerlo.

Le dio un puntapié a su hija.

Braulio. Su hermano mayor. Muerto y en su tumba hacía casi diez años. El hijo elevado por su ausencia al puesto de santo de la familia. Pobre Jefe. Sus dos muchachotes fueron su peor fracaso. Nadie estaba invitado a mencionarlos. Ahí tenía a Lalo para engañarse a sí mismo. El chico bueno, se supone. Maldita sea. La cabeza de Minnie iba a explotar.

Minnie alzó la vista hacia Angelote.

—De todos modos, te quiero, papá.

El soldado Pantagruel entró en la recámara.

—¿Aún no estás listo? Caramba, Jefe. ¿A qué esperas?

Lalo había organizado a los críos por toda la casa. Los agrupó en equipos de vigilancia. Les alzó la voz:

—¡Atención, renacuajos! —los chicos supieron que debían acudir y adoptar la posición de firmes—. ¡Aquí el Papucho en persona! Voy en camino. Repito: ¡El Papucho en persona! En marcha. Cambio.

—¡Entendido! —clamó un gordinflón en la cocina.

—A sus puestos.

Se dispersaron y crearon falsos puestos de control por toda la casa. Tío Lalo, Niñero n.º 1.

—Todo en orden —gritó una niña desde el salón.

—Precaución: se han detectado francotiradores en el área. ¡Cuiden sus espaldas y el flanco izquierdo!

—¡Entendido!

Angelote se desplomó en su silla de ruedas e inclinó la cabeza.

—Por Dios, Lalo —murmuró mientras tocaba con el índice el Corazón Púrpura de su hijo prendido en su propio pecho.

—Es solo un juego, Jefe.

—No es gracioso, mijo.

—Algo de gracia tiene, Jefe —dijo Pantagrue—. ¡Allá voy, renacuajos! —gritó.

Minnie y Perla venían atrás. Llevaban bolsos de mano y el andador plegado. Salieron por la puerta principal hacia el parche amarillento de césped y metieron a Angelote dentro de la furgoneta. Ya no dejaban que el Padre de Selección Nacional condujera. De todos modos, sus pies ya no alcanzaban los pedales. Angelote se sentó en medio del asiento trasero, bamboleándose en su sitio, con el profanado cuerpo vuelto un péndulo, como si su ansiedad pudiese hacer avanzar el vehículo entre el tráfico. La inercia de la voluntad luchaba por subyugar todas las mareas y llegar a esa costa lejana.

Dave, su mejor amigo, le había dicho: «Hay una costa lejana. Todos somos como esos pequeños lagos. Cuando algo cae en el centro, surgen ondas que avanzan hacia fuera en círculos perfectos». «Dave», había respondido Angelote, «¿de qué rayos estás hablando?» «De una vida, pendejo. De ti. La onda surge con fuerza y se va debilitando hasta que llega a la costa. Luego rebota, casi invisible. Pero ahí sigue, transformando cosas, y tú estás en medio preguntándote si lograste algo.» Angelote meneó la cabeza. Maldito Dave.

—¡Dale gas, pues! —dijo.

—Ya voy, Jefe.

En otros tiempos, Angelote le hubiera bramado, pero ahora le pareció que había sonado como un gato maullador rogando que le sirvieran leche en su plato.

Una banderita de los Estados Unidos ondeaba en la antena. Lalo conducía. Su Perla iba de copiloto, gimoteando al estilo de una anciana mexicana.

—Ay, Dios. Dios mío. Por Dios.

A Dios ya le había cansado tanta repetición piadosa. Cierta evidencia indicaba que podía ser sordo.

Tal vez Dios no habla español, pensó Perla. Luego se per-
signó, arrepentida.

—Diosito lindo.

Siempre había sido astuto adular a Dios. A Él le gustaba
saber cuán apuesto era.

Minnie iba en la tercera fila, masajeando los hombros de
Angelote desde detrás. La silla de ruedas iba plegada justo
atrás, traqueteando contra el andador para anunciar cual-
quier irritante uso de los frenos en ese tráfico inmóvil.

—Tenía que ser hoy —Angelote dio un puñetazo al asiento.

Sin excepción, sus dos grandes consejos para sus hijos
eran: sean puntuales, no inventen excusas. Ahora él iba con
retraso y concibiendo coartadas por docenas. Iba a enterrar a
su madre el día anterior a su propia fiesta de cumpleaños. Su
último cumpleaños, pero nadie más lo sabía. Estaba reunien-
do por decreto a su familia. Sería una fiestorra de la que na-
die se olvidaría.

—Eres una buena chica —se le ocurrió decir, y acarició la
mano de Minnie.

Miró su reloj gigante. Tuvo que entrecerrar los ojos. Esta-
ba perdiendo la vista. Grandioso. Siempre había estado orgu-
lloso de la agudeza de su vista. Decidió abandonar el tiempo
y dejarlo correr. Pero no iba a usar gafas. Ya estaba hasta la
coronilla.

—¡Bajad la radio! —espetó.

—La radio está apagada, Jefe —respondió su hijo.

—¡Entonces encendedla!

Así lo hizo Lalo.

—¡Bajad el volumen!

Todos en la furgoneta se sometían a su antojo, pero el re-
loj y el pinche tráfico parecían ignorar sus mandatos. Un tipo
en el paso elevado mostraba hacia el sur un cartel que decía
CONSTRUYAN EL MURO.

—Mi madre —dijo Angelote— esperaría de mí más que esto.

Tenía mucho por demostrarle. Le había fallado cien veces. No podía soportar estar confirmando el dictamen de su madre sobre él: un incapaz. Ni siquiera se había acercado a lo que había sido su padre. Y, por supuesto, ella nunca lo había perdonado por casarse con Perla. Se refería a ella como «esa señora», lo que implicaba que Perla era un objeto de segunda mano. Con experiencia.

—Te ves muy bien, papá —dijo Minnie.

—Si esto es verme bien, mátame aquí, ahora mismo.

—Ay, Dios —rogó su mujer.